

MAESTRO. Enséñete Dios y guíete con su luz y verdad; y tú ten mucho cuidado de acudir temprano aquí á la huerta, que es lugar sólo y bien apacible, y, como dice San Cipriano á Donato, aparejado para coloquios y pláticas espirituales. La nuestra será, con el favor del cielo, de las puertas por donde se entra al Reino de Dios; y por ventura llegaré á tratar de los enemigos que defienden estas entradas, porque deseo que rifes con ellos y entres á ver las grandes riquezas del Reino eterno. El te acompañe.

DISCÍPULO. Y quede contigo. Amén.



DIÁLOGO TERCERO.

DE CUATRO PUERTAS Ó ENTRADAS PARA EL REINO DE DIOS, QUE SON: HUMILDAD, ABNEGACIÓN DE LA PROPIA VOLUNTAD, TRIBULACIÓN SUFRIDA CON PACIENCIA, Y MUERTE DE CRISTO NUESTRO REDENTOR.

§ I.

MAESTRO. Tárdase mi discípulo y pásase el tiempo, tan precioso, que vino á decir San Bernardo que es perdido el que no se ocupa en pensar ó tratar de Dios. Y con razón, porque se debe estimar y tener en mucho, pues siendo tan corto, se pueden granjear y perder en él tantas riquezas espirituales.

DISCÍPULO. Con justo título puede hoy ser reprendida mi tardanza; aunque el pensar que me esperabas ha sido harta reprehensión para mí y no pequeña penitencia.

MAESTRO. Es necesario redimir el tiempo, como dice el Apóstol, porque es breve y los días malos; esto es, llenos de malicias, cautelas y engaños. Y digo redimir, porque se ha de dar doblado á la virtud que dimos al pecado y al mundo, y aun diez veces tanto, dice un Profeta; aunque San Pablo, considerada nuestra flaqueza, se contenta con que demos á la justicia tanto como dimos al pecado. Pero ya que tratamos de tiempo, y tiempo tan breve, que se nos mide palmo á palmo y dedo á dedo, según que lo dice el Profeta en el Salmo 63, conforme á la translación hebrea, y éste está diputado para tratar de las puertas y entradas del Reino celestial, que está en nosotros, bueno será que no alarguemos pláticas excusadas por ahora.

DISCÍPULO. Yo estoy muy contento con hacer tu voluntad.

MAESTRO. Y también lo has de estar de que hablemos poco esta tarde; porque la materia ha de ir continuada, y sería mal considerado interrumpirla. Y por principio y para fundamento de todo has de saber, que hay cuatro entradas ó puertas para el hondón y centro del alma, que propiamente es el reino de Dios: una al Oriente, otra al Poniente, otra al Mediodía y otra al Septentrión ó Norte. La puerta del Oriente es la humildad,

porque es el principio y fundamento de todo el edificio espiritual. Al Poniente está la pasión y muerte de Cristo, como lo advirtió San Gregorio, sobre aquel verso del Salmo: *Iter facite ei qui ascendit in occasum*. El cual dice, que el ponerse el sol fué morir Cristo. La puerta del Mediodía es la abnegación de la propia voluntad; porque nunca queda tan clara y resplandeciente el alma, como cuando se niega y desampara á sí misma y nada le queda de propia voluntad. Al Norte está la cuarta puerta, que es tribulación, que á veces parece cerrarnos la del cielo y la del consuelo todo. Finalmente, del Cierzo ó Norte vienen y se descubren todos los males y penas. Y aunque de cada cosa de estas pudiera yo formar un largo tratado para hacer volumen y cuerpo, como lo hacen muchos de los que escriben, algunas veces de cosas de poco provecho y satisfacción para el alma; porque mi primer propósito fué con brevedad enseñarte lo más necesario para la vida espiritual, diré solamente lo que no pudiere excusar de cada una de estas puertas.

§ II.

DISCÍPULO. Algunos podría yo nombrar ahora que pluguiera á Dios no hubiesen es-

crito ; porque he gastado mi tiempo en ellos sin fruto ni aprovechamiento.

MAESTRO. Hartos hay que tienen la misma queja que tú ; pero dejemos nosotros ahora, que nuestro oficio es leer con devoción lo que está escrito ; y si no halláremos gusto en ello, leer en aquel libro que vió San Juan estampado y lleno de escritura por dentro y por fuera ; en el cual se contienen y están encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. Y porque antes que de mí te despidas pienso decirte qué libros has de leer, que te sean de gusto y provecho, lleguemos ya á contemplar esta puerta Oriental de la humildad, por la cual entró aquel Soberano Pontífice y Sumo Sacerdote Cristo en su Reino, con tan aventajado premio y gloria como habrás oído ; reconociéndole todas las criaturas del Cielo, de la tierra y del infierno por Señor, é hincando sus rodillas al sonido de aquel divino nombre Jesús, que le dió su Padre por haberse humillado hasta la muerte de Cruz. El camino real para Dios en ninguna parte se puede hallar sino en la verdadera mortificación de los vicios y en el verdadero ejercicio de las virtudes ; en el cual has de tener constancia y perseverancia, y en ningún tiempo declinar de él cuanto un cabello, ni á la mano derecha ni á la mano iz-

quierda, sino los ojos puestos en Bethsames, que quiere decir ciudad del Sol, que es el Cielo, caminar como aquellas vacas que llevaban el arca, camino derecho, andando y bramando, sin que los becerrillos que quedaban encerrados y bramaban fuesen parte para impedir su jornada, ni hacerles torcer á una ni otra mano ; y haciendo contra esto errarás sin duda ; y cuanto más alto volares y pusieres tu nido, aunque sea entre las estrellas, por altísimas y profundísimas especulaciones, mayor será y más peligrosa tu caída. Pues si deseas aprovechar mucho en poco tiempo, asienta sobre tu corazón el nobilísimo y firmísimo fundamento de la humildad, y trabaja en conservarla tenazmente hasta la muerte ; porque de otra manera, imposible cosa es que permanezca la labor del espiritual edificio. Esta tan extremada virtud escogió Cristo particularmente para sí, y en vida y en muerte con palabras y ejemplos vivos quiso ser el maestro y preceptor de ella. A lo ménos el Apóstol San Pablo virtud de Cristo la llama. «Yo de buena gana, dice él, me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Cristo, que es la humildad». ¿Tienes en la memoria aquella competencia que hubo entre los Apóstoles sobre averiguar cuál era el mayor de ellos?

DISCÍPULO. Bien me acuerdo.

MAESTRO. También te acordarás de lo que Cristo hizo y dijo.

DISCÍPULO. No estoy muy bien en ello.

MAESTRO. Tomó, dijo San Mateo, por la mano un niño, y en las palmas, como dice San Marcos, y púsolo en medio de sus Apóstoles, y diciéndoles que si no se convertían por humildad y simplicidad en niños, como aquél, que no sólo no serían grandes en su Reino, sino que no pondrían los pies en él. Asentó esta conclusión: «Cualquiera que se humillare, como este pequeñuelo, ese será el mayor en el Reino de los Cielos». Que es como si dijera más claro: No es mayor el que más ayuna, ni el que más se azota, ni el que más limosnas da, ni el que tiene más letras, ni el que más alta contemplación alcanza, sino el que más se humilla. La humildad se ha de traer en las palmas como cosa preciosa, que eso significó Cristo poniendo aquel niño humilde sobre las suyas. Y aquel darle el lugar de en medio ¿parécete que tiene pequeño sacramento? Pues no es ménos que enseñarte que la humildad es el centro de las demas virtudes y como punto de la santidad; y así le compete estar en el medio. Ninguna virtud lo puede ser, si le falta el aspecto á la humildad; si no se fija primero el un pie del compás en el

medio, no puede salir el círculo redondo y derecho, ni las rayas que se sacan de él á la circunferencia. Todas las virtudes han de tocar en el centro, y ninguno puede ser perfecto, como entre todas las figuras lo es la esférica ó circular, que no fijase primero el pie en la humildad. *Ego in medio vestrum sum tanquam qui ministrat.* Yo estoy en el medio, como siervo que os administra y sirve. Estoy, dice Cristo, como centro á quien habéis de mirar. Lee, hijo mío, las divinas Escrituras y los Santos todos, y verás claramente que el más alto lugar se da al más humilde; y aun hasta la exaltación de Cristo, en cuanto hombre, fué conforme á su humildad. Y á la Reina soberana, María, ¿quién le dió asiento en el Cielo superior á todas las criaturas, sino la mayor humildad en que á todas aventajó sobre la tierra?

§ III.

DISCÍPULO. Según lo que vas diciendo, mayor es la humildad que la caridad y que las demas virtudes; porque si el premio corresponde al mérito, y los Santos son ensalzados conforme á la humildad que tienen, bien se sigue que se merece más con sola esta

virtud que con las demas, y por consiguiente que es mayor que ellas.

MAESTRO. Cerca estás de saber la verdad, pues sabes dificultar. Entiende, pues, que absolutamente hablando, mayor es la caridad, la fe, la esperanza y la prudencia, que la humildad, por razón del objeto y último fin á quien miran y de sus operaciones nobilísimas; empero fuera de estas cuatro, como lo afirma el Abulense, la humildad lleva la gala; y en cuanto dispone el alma para la divina gracia, para la sabiduría y para la exaltación, se dice y es superior á todas. Y aunque es así que todas las virtudes merecen exaltación, como todas las bienaventuranzas el Reino de los cielos; mas como allí se señala para la pobreza de espíritu el reino, para las lágrimas la consolación, para la hambre la haratura, así señaladamente á la humildad responde la exaltación y mayor gloria. Nicolao de Lira advirtió muy bien, que aunque la humildad no sea la mayor de las virtudes, es á lo ménos el fundamento de ellas: y como á los cimientos firmes se atribuye la firmeza de los altos edificios, así á la mayor humildad se atribuye la mayor gloria y el lugar más alto en el cielo, aunque le pertenezca también esto á la caridad, á la paciencia, á la castidad y otras virtudes; todas las cuales es-

tán eslabonadas y asidas entre sí, sin poder jamás deshermanarse; principalmente las infusas vivas, hermanadas y unidas, como digo, en la caridad y en la gracia, y en el bautismo aun de los adultos, *secluso obice* (ex Concil. trident. et florent.), y es de fe. Y aun dice más el Abulense: que cuando crece en un alma una virtud, crecen todas á una, proporcionadamente, como los dedos en la mano, que creciendo hasta su debida cantidad, nunca son iguales; y así el que más crece en la humildad, crece también en caridad y en las demas virtudes; y el que es más aventajado y crecido en todas es mayor; no por la humildad sola, sino por todas las virtudes que andan en su compañía, y no más de mayoría, aunque no son éstas las que condena el maestro de humildad, sino las que introduce y levanta la soberbia. ¡Pluguiera á Dios que la competencia que hay en el mundo por subir, la hubiera por bajar; y el cuidado de ser mayores en las dignidades, fuera de serlo en esta virtud, que yo asegurara el mundo de las calamidades que padece! Bien sé decir con toda verdad (tratemos ahora de las puertas adentro, digo en el trato de la vida espiritual), que no hay caída á quien no preceda soberbia. Salomón lo dice en sus Proverbios, por estas palabras: *Contritionem præcedit*

superbia, et ante ruinam exaltatur spiritus.
Al quebrantamiento precede la soberbia, y antes de caer se engríe el corazón. ¡ Oh que gran verdad es esta, hijo Deseoso, y qué de testigos tiene que la pueden jurar! Nunca ví caída á quien no precediese la soberbia y presunción en el espíritu. En viendo que el corazón se te engríe, y que le nacen alas para volar, en llegándote algún pensamiento de que eres algo, ó de complacencia vana de que lo que haces es digno de alabanza, ten por cierto el despeñarte y dar de ojos en pecados graves. San Isidro, libro II *De summo bono*, cap. xxxviii, dice que la soberbia, así como es principio de todos los pecados, así es caída de todas las virtudes. Ella es en el pecado la primera, y la postrera en las batallas y conflictos. Ella es la que en el principio ó derriba nuestra alma por el pecado, ó en el fin nos arroja y echa de las virtudes; y por eso, dice él, es el mayor de los pecados, porque por ellos ó por las virtudes nos destruye.

DISCÍPULO. No entiendo bien eso que has dicho de San Isidoro, porque parece que iguala los vicios á las virtudes.

MAESTRO. Lo que dice es, que la soberbia en todos los pecados es la primera; porque el que peca desprecia como soberbio la ley

de Dios. Y el Sabio dijo: «El principio de todo pecado es la soberbia». Dice que es la postrera en las batallas, porque queda como en asechanzas y retaguardía, esperando las victorias para hacernos caer después de alcanzadas, presumiendo de nosotros y gloriándonos vanamente en ellas; y sucédenos, como dice San Gregorio, lo que á Eleazaro, que le mató el elefante que él había muerto. Por esta causa dice San Isidoro, que la soberbia es el mayor de los pecados; porque ó por ellos nos derriba de la amistad de Dios, ó haciéndonos presumir de las virtudes, nos despoja de ellas. Y si esta su razón no te satisface, busca otra. San Gregorio se atrevió á decir que el pecado manifiesto de la lujuria era hijo de la soberbia secreta.

§ IV.

Tanta es la gravedad de esta mala sabandija, que para curar Dios al soberbio permite que caiga en pecados de carne y en otras flaquezas. Y Santo Tomás (2.^a 2.^{ae}, q. 62, art. vi, *in responsione ad 3*), dice que como algunas veces es uno convencido á conceder un imposible, por huir de algún manifiesto inconveniente; así Dios, para convencer la soberbia de los hombres, los castiga, permitiendo

que caigan en pecados carnales; los cuales, aunque sean menores por la menor malicia, tienen á sí aneja mayor torpeza y conócense mejor; que, como notó Crisóstomo, la soberbia es como la nube en el ojo, que cuanto más crece, tanto ménos deja de luz para ser vista. Y San Isidoro en el lugar citado dice: «Que á un arrogante y presuntuoso le es mejor caer en cualquiera vicio y humillarse á Dios después de la caída, que no, dejado de su mano, ir subiendo por soberbia hasta dar consigo en el despeñadero del infierno». Yo peso mucho aquellas palabras del Apóstol: «Porque la grandeza de las revelaciones no me levante, me es dado el estímulo de mi carne, angel de Satanás, que me dé de pescozones como á un negro». Sobre ellas notó delicadamente Santo Tomás, que muchas veces el médico sabio procura inducir en el paciente alguna menor enfermedad, por curarlo de la mayor, y se huelga de verle con tercianas al que estaba cuartanario. Y esto mismo hace Dios, médico de las almas, que por sanarlas enferma á veces los cuerpos y á veces las deja á ellas caer en enfermedades leves de culpas, porque sanen de las graves y peligrosas. De aquí es que como el Apóstol tenía grande y copiosa materia para ensoberbecerse, que al fin era vaso escogido, hábale Dios comunicado mu-

chos de sus secretos, estaba muy ejercitado en trabajos, era virgen, tenía muchas buenas obras hechas, era doctísimo y muy versado en las divinas Escrituras, fué cosa muy conveniente que le aplicase Dios Nuestro Señor este remedio, de que el espíritu de la carne le atormentase, esto es, la concupiscencia, que nace y tiene su raíz en la carne. Y llámase angel de Satanás, en cuanto este maligno espíritu se aprovecha de la dicha concupiscencia, como de tercera, para derribarnos; aunque la intención de Dios es que en este ejercicio salga su Apóstol aprovechado y tenga segura la corona; que, como digo, algunas veces la humildad es el fiador de las virtudes todas.

DISCÍPULO. Según el hilo que llevas, nuestra plática toda ha de ser hoy de humildad.

MAESTRO. ¡Pluguiese á Dios que en ella nos anochebiese y nos amaneciese, y acabásemos la vida! Oí yo decir á un santo religioso, que la humildad y la pureza eran virtudes voladoras, y tan necesarias para subir por la contemplación á Dios, que tenía por imposible sin ellas levantarse del suelo ni un solo dedo. En las aves lo habrás visto, que para volar se sacuden del polvo y cosen el pecho con la tierra, y así se levantan; y para subir muy alto en la música se ha de poner muy baja la clave.

DISCÍPULO. ¡Oh, quién fuera tan humilde que ni un pensamiento de soberbia consintiera llegar á su corazón!

MAESTRO. Pudieras decir con el Profeta: *Domine non est exaltatum cor meum*, etc.

DISCÍPULO. A mí me entenece y me pone devoción cuando oigo ó cuando digo ese Salmo en las Completas de nuestra Señora, con no tener los sentimientos que por la largueza divina tendras tú; y así me consolaría grandemente si me dijese la sincera y literal inteligencia de él.

MAESTRO. No quisiera distraerme de la materia comenzada.

DISCÍPULO. No va fuera de ella este Salmo, ántes la confirma toda y pone el sello á lo dicho.

MAESTRO. El espíritu de él es este: «Señor, dice David, aunque habéis andado conmigo tan liberal y me habéis hecho tantas mercedes, que al fin me levantásteis del polvo de la tierra, y de un pobre pastorcillo me hicísteis rey tan poderoso y caudillo de vuestro pueblo, trocando el cayado en cetro, la caperuza doblada en corona de oro, el pellico en púrpura, la manadilla de ovejas en millones de vasallos, no ha sido parte esta mudanza de estado para causar alguna en mi condición; la honra no ha variado las buenas costumbres;

tan humilde me estoy como ántes, no sólo en lo secreto de mi corazón, sino aún en las muestras exteriores: *Non est exaltatum cor meum, neque elati sunt oculi mei*: ni levanté mis ojos; luego sale á ellos el engrimiento del corazón; porque la primera respuesta que da la pólvora de la soberbia, cuando se enciende en el fogón del corazón, es en los ojos. Así dijo Salomón, para significar la soberbia de Judea, «que era una generación que tenía los ojos altaneros y los párpados levantados». Esto dice David que no le toca, porque nunca dejó de mirarse á los piés, que son sus bajos principios: *Neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me*. Parece que va deshaciendo el pecado de fundamentos. «Nunca, dice, admití un pensamiento soberbio, ni dí señal exterior, ni por palabras, ni en el semblante del rostro, ni pretendí cosas que excediesen á mis fuerzas, ni intenté subir á las alturas, donde el angel se precipitó en los abismos hecho demonio. Y porque nadie piense que hablo de gracia, y que digo más de lo que hay en mí, y rehuse por ello de darme crédito, yo lo confirmo con tal juramento: *Si non humiliter sentiebam, sed exaltavi animam meam, sicut ablactatus est super matre sua, ita retributio in anima mea*». Si yo no he sentido bajamente de mí, como es razón, cono-

ciendo que los males que tengo son de mi cosecha y los bienes todos de la mano de Dios, acontézcale á mi alma lo que al niño que le destetan de los pechos de su madre, que no tiene luego que esperar sino la muerte; porque sólo aquel refugio tenía para vivir. No hay niño en el mundo más impotente y flaco que el hombre, sin el favor de Dios; y de éste se quiere privar este rey, si miente en lo que dice. Destete Dios mi alma de los pechos de su gracia, y no guste sus regalos y consuelos espirituales, si no me conozco tan necesitado de su auxilio, como lo está el niño de la providencia y regalo de su madre.

§ V.

Bien habrás echado de ver cuán fundado estaba David en la humildad, y cuán necesaria es para tratar con Dios.

DISCÍPULO. Uno y otro he visto en este Salmo; y si á tí te pareciese, holgaría oírte decir qué cosa es humildad, y darme los preceptos necesarios para ser humilde; porque con lo que hasta aquí has dicho me tienes aficionadísimo á ella; y aunque sea como la culebra, dejando el pellejo, tengo de entrar por esta puerta angosta del Oriente al Reino de Dios; porque juzgo que no puede errar el hu-

milde la entrada, pues San Bernardo no se la halló á él para el infierno.

MAESTRO. Humildad es una sumisión ó sujeción á Dios y á los hombres por Dios, y un encogimiento en el alma, que no la deja pestañear en el divino acatamiento, ni quitar los ojos un punto de su nada. Para alcanzar esta joya tan preciosa, son menester oraciones, lágrimas y gemidos con perseverancia; porque si todo don perfecto y dádiva bonísima viene de arriba de aquel Padre de las lumbres, ¿quién sino él podrá darte tan gran tesoro, tan preciosa dádiva y don tan perfecto como la humildad? Preguntado un santo de aquellos del yermo cómo se podría alcanzar la perfecta humildad, respondió: *Si sua quisque tantummodo et non alterius facta consideret*. Alcánzase también con la consideración de la majestad y grandeza de Dios. Por lo cual, recogidas en una todas tus fuerzas espirituales, diligente y piadosamente mira qué Dios tienes. ¡qué tan poderoso! ¡qué tan sabio! ¡y qué tan bueno! Todo esto podrás ver en sus criaturas, en las cuales resplandecen estos divinos atributos con mucha claridad; digo que lo verás si te adiestra la humildad, que por faltar á los sabios del mundo se quedaron sin este conocimiento, oscurecidos sus entendimientos y llenos de tinieblas, de erro-

res y desatinos. El Apóstol San Pablo dice, que porque en la sabiduría de Dios no conoció por sabiduría á Dios el mundo, quiso Dios y tomó gusto de salvar los fieles por la locura de la predicación de Cristo crucificado.

§ VI.

DISCÍPULO. Parece verdaderamente algarabía lo que dice el Apóstol.

MAESTRO. A lo ménos, teología del cielo, y es bien que la entiendas, para que sepas cómo has de conocer la grandeza de Dios en sus criaturas. No seas como aquel varón insipiente que no conoce, y como el necio que no entiende el lenguaje de Dios en todas ellas. El santo Profeta dice en un Salmo hablando con Dios, *que todas las cosas hizo en sabiduría*; que es como si dijera, que en todas las obras que hizo Dios resplandeció su divina sabiduría, como resplandecen las cosas que tocan y bañan los rayos del sol. El Eclesiástico dijo: «Que derramó su sabiduría por todas sus obras». No dice que echó gotas de sabiduría, sino que la derramó, y que están bañadas de sabiduría. ¿Por ventura no era esta harta prueba del saber infinito de Dios, para que los hombres le conocieran y le adoraran

y amaran sobre todas las cosas? Mas dijo el Sabio: «Que de la grandeza de la hermosura y beldad que hay en las criaturas pudo ser conocido por bellísimo y grandísimo el Criador de ellas». ¿Qué hombre cuerdo hay, dime ahora, que oyendo tocar un arpa suavísimamente, no entienda que algún muy diestro músico la tañe, y que ella por sí no hace aquella música y consonancias tan perfectas? Pues si quieres atentamente considerar la armonía tan acordada que hacen todas las criaturas entre sí, echarás de ver que son cuerdas acordadísimas de la arpa del universo, y conocerás que hay un supremo gobernador infinitamente sabio, infinitamente poderoso y de bondad infinita. Los cielos cantan y cuentan la gloria de Dios, y el firmamento da á entender quien El es. El día es como lengua de las grandezas divinas, y la noche convida á la contemplación de ellas. Pues porque el mundo ciego no conoció por su sabiduría la de Dios en todas las cosas, ni le dió la honra debida á su majestad y grandeza, plúgole á Dios salvar los hombres por la locura de la predicación de Cristo crucificado; es decir, que no quiso fiar Dios su conocimiento de nuestros entendimientos, sino llevarnos á sí por la humildad de Cristo crucificado; cuya predicación, por no entender ni alcanzar sus altos

consejos los hombres sabios y prudentes del mundo, fué tenuta por locura y necedad, como se dice tinieblas el retrete y aposento de Dios, siendo su luz clarísima y á donde jamas llegó noche, ni se mezclaron tinieblas. Y porque de estas meditaciones de la bondad, sabiduría, poder y beneficios copiosamente escribió el doctísimo y piadosísimo Padre Fray Luis de Granada, y nuestro Padre Fray Pedro de Alcántara, y yo en el último capítulo de los *Triunfos*, no quiero hablar más palabra en el caso, sino remitirme á lo que allí hallarás escrito. Y cuando hubieres humildemente contemplado la excelencia de la Majestad divina, conviene á saber, lo que Dios es en sí, y las cosas que ha hecho y hace por tí, movido de sola su caridad, porque de nuestros bienes ni de nosotros ninguna necesidad tiene, vuelve los ojos del alma á tí mismo, y con atención mira quién eres, cuán pobre de tu naturaleza y cuán verdaderamente nada. De nada saliste, y primero condenado que visto en el mundo, y siempre vas caminando en posta para la nada, y al fin vendrás á parar en la asquerosa nada.

DISCÍPULO. Yo me acuerdo haberte oído en el púlpito apocar tanto al hombre, que le viniste á hacer más vano y más sin ser que la vanidad misma.

MAESTRO. Y aún digo más, que en ninguna de cuantas criaturas Dios crió halló la vanidad asiento sino en el hombre sólo; y así es esta una universalidad de todas las vanidades que hay en el mundo. Son tantos los pecados y miserias de que estamos rodeados, y los lazos que nos arma el demonio á donde quiera que asentamos el pié, que si la divina gracia no nos diese á cada paso la mano, y nos levantase y nos preservase, no habría maldades en que no cayésemos por momentos, ni penas que no mereciésemos. Y ¡cuántas veces (porque callemos las omisiones, negligencias y descuidos en el servicio del Señor) habrás hurtado y sacado violentamente tu alma de sus divinas manos, y entregádola á Satanás, habiéndola Su Majestad comprado con su sangre! Y ojalá no las de muchos con tus malos ejemplos, que es una de las cosas que más se debe temer; y por que con ansia mortal oraba el Profeta: *Ab oculis meis munda me Domine et ab alienis parce servo tuo.*

§ VII.

DISCÍPULO. Más que plegarias hará un alma condenada contra aquel que fué causa de su condenación.

MAESTRO. Pensar en eso tira el juicio y se

extremecen las carnes. Decía un santo Prelado, que quisiera más haber muerto corporalmente cien hombres, que haber sido causa de que una sola alma fuese al infierno. Por cierto, si la sangre de Abel clamaba contra su hermano Caín, que le hizo martir, grandes serán los clamores de un ánima que muere para siempre, contra su matador. ¡Oh, qué quejas! ¡Oh, qué voces! ¡Oh, qué maldiciones tan de corazón! ¡Oh, qué invocar para siempre la divina Justicia, contra quien la tiene en aquel lugar de tinieblas y sombra de muerte! Con todo esto nos espera nuestro benignísimo Dios y Señor; y deseando nuestra amistad nos llama, ya por sus predicadores, ya por inspiraciones secretas, ya por persecuciones y trabajos, y por otros mil modos de que tú tendrás experiencia y cada uno. Todo lo cual hace él por volvernos á sí y ser nuestro amigo, habiendo más dificultad en esto, que en la creación del universo hubo. Si no, dime, hijo, ¿cuando alguna vez, dejada la mala vida, volviste á Dios, no te recibió con los brazos abiertos? ¿Zahirióte los pecados? ¿O hizo memorial de ellos para darte con los mismos á cada paso en los ojos?

DISCÍPULO. Algunas veces me detengo á considerar cuántos millones de almas sufren ya las penas del infierno, que cometieron me-

nores pecados y ménos que yo; que si Dios les hubiera dado tanta luz como á mí, y les hubiera hecho tantos beneficios, por ventura, como dijo Cristo de Tiro y de Sidón, no cayeran en tantas miserias y fueran más aventajados que yo en virtudes y buenas obras; y veo que á mí me ha perdonado Dios ó disimulado conmigo, esperándome á penitencia; y ellas, por sentencia suya, por cierto justísima, arden y arderán para siempre.

MAESTRO. Pues si pesas, como es razón, todas esas cosas y otras muchas que no tienen número, no será posible que dejes, vuelto en tí, de indignarte contra tí, sin saber á dónde volver los ojos de puro corrido y afrentado de tu ingratitud tan grande. Tendráste por indigno de entrar en los templos sagrados, y de mirar, aún de muy lejos, la imagen de Cristo crucificado; y por dignísimo y merecedor de que la tierra vivo te trague, y de que te niegue el sustento y no te acuda con lo necesario. Y ningún estado hallarás así afrentoso, ni vileza tan vil, que no creas de tí que es todo honra, y que aún no estás en el punto que tus pecados tienen merecido. Y así humillado y prostrado, el corazón altivo y volandero, ni una sola gota de agua osarás beber, ni hablar temerariamente una palabra. Obrarás tu salud con temor y temblor, como dice San Pablo; y